



"Rosicler", Tango muy Amargo de los Maestros Rivano y Meza ①

Dos meses de representaciones de Rosicler en la Sala Molière se han caracterizado por llenos absolutos. Un éxito que su autor, Luis Rivano, ya hubiera querido para los varios libros que escribió hasta que optó por dedicarse a la dramaturgia. Resulta previsible que —dado el éxito— decida perseverar en la tarea escénica y se resigna a abandonar la actividad editorial que, es de suponer, bien pocas satisfacciones le ha deparado (comercialmente hablando; las satisfacciones espirituales son harina de otro costal) para vaciar sus esfuerzos en el cundido trabajo de la dramaturgia. Por lo demás, no sería un mal momento: "el teatro chileno actual no tiene fuerza ni para dramatizar un tango", afirma el debutante autor teatral. Y razón, por cierto, no le falta. Sería cosa de que Rivano aprovechara el momento: si los ingenios locales consagrados están más bien de capa caída, puede pensarse que se abre la oportunidad a nuevos autores como Rivano que, al menos, demostró ser capaz de dramatizar un tango.

Rosicler no es comedia como para analizarla en cuatro líneas. Hay en ella muchos factores en juego, y conviene detallar un poco.

Para calificarla en primera instancia, hay que señalar que se trata de una pieza perfectamente negativa, hasta el anarquismo. El amargo trago se ha sazonado —con más generosidad que desificación prudente— con un sentimentalismo por todo lo alto. Al autor no se le quedó ni una gota de bitter en el tintero; pero tampoco dejó en él ni una sola lágrima. Y consiguió así un producto que —abusando del lenguaje con la desaprensión característica de los procelosos tiempos que corren para el otrora respetado Diccionario— podría definirse como anarco-sentimentalista.

La comedia —clasificación que sólo con ciertas dudas podría aceptarse— es amarga (ya lo declamamos) en el fondo; tosca en la forma y sensiblera a lo largo y a lo ancho. Sus diálogos son literarios la mayor parte de las veces, y derivan hacia una franca cursilería en varios pasajes.

Pareciera —es una hipótesis, pues no tenemos el gusto de conocer personalmente al autor— que Luis Rivano hubiera decidido liberar en Te Llagabas Rosicler una oscura caterva de resentimientos largamente incubados: en su comedia hay rencor; y es con rencor que agitó, ante de servirlo, el cóctel de tango arrabaleo, doliburada vul-

Luis Manuel Fernández

garidad de radioteatro y desencanto por todo y por todos que ofrece al paladar del público bajo la denominación de Rosicler. Aspero cóctel, desde luego.

Los personajes son, en realidad, maquetas; máscaras rígidas y grotescas. De hecho, son los mismos, unos y otros; bien poca diferencia hay entre la pobre bailarina de segunda clase, lisiada y tonta, que se empeña en rechazar la realidad y prefiere vivir de ilusiones de cartón, y la señora venida a menos que se empeña en mantener las formas de vida que conoció en épocas mejores; entre el poeta borracho y persistentemente inédito y el individuo brutal y rastreado que encarna una especie de síntesis de un personalísimo y discutible enfoque —caricaturesco, claro— del ejercicio de la autoridad que podría pensarse deriva del pretérito carabineo que hay en Luis Rivano; entre el modesto jubilado municipal que mantiene a la bailarina, y el desdichado ex estudiante que es mantenido por la dueña de la pensión. Todos son uno y lo mismo: fantoches trazados en línea gruesa y uniformados por una sola y común convicción de fracaso y derrumbe.

El mensaje de esperanza

709656
y redención por la dignidad que contiene la obra llega tarde. Todo ha sido demasiado aplastante, y el rayito de luz que se filtra hacia el final se esfuma demasiado rápidamente, absorbido por la carga de negatividad que pesa sobre toda la acción.

La obra se ambienta en una sórdida casa de pensión de calle Ejército. Una de esas enormes mansiones (que conocieron tiempos mejores) de altísimos techos —ahora recorridos por vetas de humedad— de paredes empapeladas cuyo dibujo se ha desvanecido y ensuciado; llenas de molduras hoy descascaradas y cubiertas de polvo. . . La escenografía —de Patricio Oróstegui— es de una ejecución realista de auténtica calidad, secundada por una adecuada iluminación, en el tono deprimente justo (Carlos Figueroa).

El apoyo del sonido —tangos y más tangos— es perfecto y oportuno. Se debe también a Carlos Figueroa, mientras el vestuario, de total exactitud, responde a un afán de cuidado por el detalle francamente leable que demuestra que el talento de Gustavo Meza alcanza hasta más allá de la sola dirección de la representación. Dirección que, también, resulta irrepachable.

Comis. Stgo. 9-VI-1976. p. 39

"Rosicler", tango muy amargo de los maestros Rivano y Meza [artículo] Luis Manuel Fernández.

AUTORÍA

Fernández, Luis Manuel

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Rosicler", tango muy amargo de los maestros Rivano y Meza [artículo] Luis Manuel Fernández.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile